

## CAPITULO IX.

## Conclusion de la guerra con los Estados Unidos.

Después del desastre de Cerro-Gordo, y cuando ya toda la confusa y desordenada masa de los restos del ejército se habían retirado del lugar de la catástrofe, el general Santa Anna dispuso que los generales Ampudia y Rangel reunieran y ordenaran á los dispersos para que continuaran la marcha de la mejor manera posible: los generales Canälizo y Alcorta dirigieron la caballería por el camino de Perote; y el general en jefe acompañado de los generales Pérez, Argüelles y Romero y algunos otros jefes y oficiales se dirigió para su hacienda del Encero, variando después con dirección á la hacienda de Tuzantapam, de donde tuvo que salir en la misma noche por aproximarse una fuerza enemiga de las que perseguían á los dispersos.

Por caminos bastante difíciles que hacían mas penosa la situación del general en jefe, fué tocando los pueblos de Huatuzco, Cocomatepec, hasta llegar á Orizaba, donde encontró al general Leon con la brigada que el Estado de Oaxaca habia levantado para concurrir á la defensa de la patria.

En los primeros momentos que siguieron á la derrota, el general Santa Anna caminaba taciturno, con ese aire melancólico que imprime la desgracia y con la indecision que se tiene, cuando el infortunio cerca todos los horizontes sin dejar paso siquiera á un rayo de luz que haga entrever una posicion ménos lúgubre; pero al llegar á Orizaba donde se le recibió de un modo que correspondia al alto puesto que ocupaba en la República, respetando al mismo tiempo su desgracia, que era la de toda la nacion, su espíritu se levantó del abatimiento que manifestaba y empezó á dictar algunas órdenes para la reorganizacion de fuerzas con que seguir la campaña. Con las fuerzas del general Leon y los dispersos que pudieron reunirse, en Orizaba, pudo reunir 4,000 hombres que se ordenaron en dos brigadas al mando de los generales Pérez y Leon, y la caballería que al mando del general Alcorta estaba situada en S. Andrés Chalchicomula.

Los americanos despues de levantar el campo de Cerro Gordo, se ocuparon de establecer hospitales en Jalapa, Perote y Tepeyahualco; y cuando reorganizaron sus fuerzas de los descalabros sufridos en Cerro Gordo, se pusieron en marcha sobre Puebla á donde se habia dirigido el general Santa Anna con las tropas que pudo organizar, en los dias 12, 13 y 14 de Mayo. Aquella ciudad á mas de no tener preparativo alguno de defensa se hallaba en el mas profundo desaliento desde que se recibió en ella la noticia del terrible descalabro en Cerro Gordo; y considerando que cualquiera resistencia que en ella se hiciera no produciria resultado alguno favorable, lejos de animarse con la presencia de las fuerzas que habian llegado, las consideraba como un atractivo para llevar sobre la ciudad una tormenta, y por lo mismo deseaba que salieran de ella cuanto ántes. El general Santa Anna sin embargo impuso un préstamo para sacar algun dinero, tomó tambien los

caballos que pudo para remontar la caballería; y después de algunas salidas y entradas sin objeto, se convenció de que no era posible presentar allí acción alguna con buen éxito, y tomando el camino de la capital abandonó á Puebla, á donde entró el día 25 de Mayo el general Worth con una fuerza de mas de 4,000 hombres.

Como ya se ha dicho antes, al salir el general Santa Anna á ponerse á la cabeza del ejército de Oriente, se encargó interinamente de la presidencia el general D. Pedro María Anaya quien tomó posesion de su encargo la tarde del día 2 de Abril de 1847. Como hasta entonces habia sido desgraciado el éxito de las operaciones de la guerra para México, y temiendo un nuevo descalabro en el ejército de Oriente, el Sr. Anaya con una prudencia y prevision que lo honra, trató de resolver algunos puntos con la anticipacion y madurez que el caso requería. Desde luego celebró una junta de generales y algunas otras personas de representacion en la capital para resolver con su acuerdo, si en caso de que la capital se viera amagada, se haria ó no en ella la defensa correspondiente. En esta junta se manifestaron algunas opiniones en favor de la paz con los Estados Unidos á costa de los sacrificios que fuera necesario hacer para conseguirla: otras personas aunque opinaban por la continuacion de la guerra, no estaban en favor de la defensa de la capital por no haber en ella las fortificaciones que hubieran sido necesarias, ni el número de fuerza que era indispensable para su defensa; y después de manifestarse distintos pareceres y sin resolver sobre lo principal, solo se acordó que se hiciera un reconocimiento por los generales Almonte y Rincon acompañados de otros ingenieros, sobre los puntos que conviniera fortificar en el camino para hostilizar al enemigo en su marcha, estableciendo á la vez,

guerrillas que con mejor éxito realizaran ese pensamiento. Con la noticia de la derrota del ejército en Cerro Gordo creció la necesidad de resolver sobre los puntos de que ya antes se trataba, y tomando en consideracion el estado de los elementos de que el gobierno podia disponer, y aprovechando tambien la mediacion que el ministro inglés habia ofrecido hacia mucho tiempo, para prestar los buenos oficios de su gobierno en favor de la paz, se acordó que el congreso activara la resolucion sobre el ofrecimiento del ministro inglés, á la vez que el ministerio trabajó con actividad en desarrollar otro plan que habia concebido y en el que, como era debido, trabajaba con la mas prudente reserva.

Por lo que respecta á lo que el congreso debia resolver sobre la mediacion propuesta por el ministro de Inglaterra, nada llegó á hacerse, porque no considerando muchos diputados este negocio con la interesante gravedad que en sí tenia, dejaban de asistir muchos dias á la cámara, que no podia tener sesiones por falta de número: y otras veces se entorpecía la resolucion con pretextos frívolos. En vista de esa conducta muy lamentable en aquellas circunstancias, y considerando que en un caso desgraciado para la capital serian incalculables los males que vinieran sobre el país que quedaria en una anarquía completa, no teniendo siquiera el lazo de union de una ley constitutiva, después de tantas constituciones, los hombres mas previsores de la cámara tomaron empeño en remediar siquiera este mal, distinguiéndose muy notablemente el diputado D. Mariano Otero, que trabajó con empeño infatigable hasta conseguir que se adoptara como ley fundamental la constitucion de 1824, con las reformas que se decretaron en la acta de 18 de Mayo de ese año de 1847.

No lográndose que el congreso resolviera algo sobre el punto que se sujetó á su decision de la propuesta hecha por el ministro de Inglaterra, el ministerio trabajaba con mas empeño en la ejecucion de su plan reservado: consistia este en concertar la desercion de 3,000 irlandeses que se hallaban en el ejército norte-americano; y debilitado notablemente con esa pérdida, hostilizarlo sin descanso, antes de que pudiera recibir algunos refuerzos de su nacion.

Cuando el ejército norte-americano llegó á Puebla, se hallaba ya bastante adelantado este proyecto para cuya ejecucion se tenian activos agentes en aquella Ciudad: aun se estaban haciendo los documentos necesarios para el caso; y llegado él, el general Santa Anna con todo el ejército que se pudiera reunir, debia presentarse sobre Puebla para favorecer la desercion de los irlandeses, y si era posible desde luego, obtener otras ventajas mayores sobre el resto del ejército americano.

Como este proyecto se habia concebido despues de la salida del general Santa Anna de México, se trabajaba en él con escrupulosa reserva, y no se le habia descubierto al general Santa Anna durante su ausencia sino en parte. Cuando estaba ya en camino de Puebla para México salieron varias personas á explicarle la conducta del gobierno y manifestarle la necesidad que habia de que en aquellos momentos se resolviera á no entrar á la capital consagrándose absoluta y exclusivamente al servicio militar para la ejecucion de los planes que el gobierno se proponia, y que fracasarían con un cambio de personal en el gobierno en esos momentos. Pero como en aquellos instantes de agitacion habia tanta diversidad de pareceres, tantos temores y sospechas, no faltó quien asegurara al general Santa Anna, que el presidente interino deseaba tenerlo entretenido mas tiempo en las operaciones de la

campana, para apoderarse definitivamente del poder, lo cual se hizo tanto mas creible á Santa Anna, porque el general Valencia con quien tenia antiguos resentimientos y á quien habia retirado del ejército del Norte, en esos momentos se hallaba ya con el mando de las fuerzas de que el gobierno podia disponer en el Estado de S. Luis. El ministro Baranda, D. Fernando Ramirez y otras personas interiorizadas de la conducta del gobierno, aseguraron al general Santa Anna: que el nombramiento del general Valencia para mandar el ejército de S. Luis, habia sido con el objeto de destruir los intentos revolucionarios que de distintas partes brotaban, tendiendo todos á buscar en el general Valencia el brazo que los ejecutara, lo cual se habia impedido con el encargo que el gobierno le habia dado. Pero no siendo bastantes las observaciones que se hicieron al Sr. Santa Anna, en quien predominó la desconfianza, violentamente y sin notificarlo al gobierno, se presentó en la capital; y por sí, y sin esperar formalidad alguna se apoderó de la presidencia, que empezó á ejercer, echando con eso por tierra todos los trabajos del gobierno del general Anaya.

Estando ya en la presidencia el general Santa Anna, sin oír el parecer de otras personas, resolvió que se hiciera á toda costa la defensa de la capital; y esta medida, que juzgada militarmente fué desaprobada por algunos, en vista de faltar para ello los elementos necesarios, fué sin embargo generalmente bien recibida bajo el punto de vista del patriotismo: porque, como se dice en las Memorias de aquella guerra, aun en el caso mas desesperado, era sin disputa mas glorioso sucumbir peleando, que dejar á las tropas norte-americanas, abiertas las puertas de la capital sin dispararles un tiro. Con el ejército del Norte, que mandaba el general D. Gabriel Valencia y que se mandó acercar á la capital, y

las fuerzas que habia mandado levantar el Sr. Anaya como presidente interino, despues de la derrota de Cerro Gordo, se tuvo un número como de 20,000 hombres, entre los cuales se contaban los cuerpos de guardia nacional denominados Polkos, que tan bizarramente se portaron contra los americanos en el Valle de México, lavando con su sangre la mancha que ante los ojos de algunos habia dejado su pronunciamiento de Febrero.

Para hacer útiles los servicios que pudieran prestar todas estas fuerzas, se trabajó con empeño en todos los preparativos de defensa: se puso en activo movimiento la fábrica de pólvora de Santa Fé: en la maestranza de artillería se trabajó con empeño en la fundición de cañones, en lo cual se distinguió notablemente el coronel de artillería D. Bruno Aguilar; y se construyeron algunas fortificaciones, entre las cuales se hacia muy notable la del Peñon Viejo dirigida por el hábil ingeniero D. Manuel Robles.

Durante estos trabajos del gobierno y la general ansiedad de la sociedad, los americanos se detuvieron en Puebla preparando tambien su expedicion sobre la capital de la República á donde marcharon en los dias 7, 8, 9 y 10 de Agosto, repartiendo su fuerza en cuatro divisiones al mando de los generales Twigs, Quitman, Worth y Pillow. Y cuando ya se tuvo noticia cierta de la marcha de los enemigos, el mismo general Santa Anna tomó el mando inmediato del ejército dividiendo la infantería en 6 brigadas al mando de los generales Pérez, Rangel, Terré, Anaya, Andrade y del coronel Zerecero: el ejército del Norte, quedando á las órdenes de su mismo gefe, el general Valencia, fué situado en Guadalupe para que á la llegada de los enemigos tomara su posición en Texcoco: toda la caballería se puso á las órdenes del general D. Juan Alvarez: al general Bravo se le encomendó el mando de la línea del Sur: se nombró director general de artillería

al general Carrera, ayudado de los coroneles Partearroyo, Iglesias y Aguado; y se destinaron como ingenieros para la dirección de las obras de fortificación á los generales Mora y Villamil, Liceaga, Monterde y Blanco, al teniente coronel Cano y los dos hermanos Robles; reservándose el general Santa Anna, como se ha dicho, el mando superior del ejército, quien nombró como segundo al general Herrera y como cuartel maestro del ejército al general Tornel. En esta disposición se esperó al enemigo que no se avistó á las fortificaciones de la capital sino hasta el dia 12; pero no emprendiendo ataque alguno en los primeros dias, el 17 cambió sus posiciones, y al dia siguiente lo hizo tambien el ejército mexicano.

Hasta este momento todo habia sido animación: parecia que el espíritu de discordia que tantos años habia cercado sus fatídicas alas sobre el cielo de la desgraciada México, habia desaparecido por entonces; y no habiendo en aquellos momentos otro lazo de union que el deseo de la salvación de la patria, todo hacia presagiar un feliz resultado en las operaciones de aquella lucha. Pero desde el dia 18 de Agosto se empezaron á sentir de nuevo de una manera muy funesta las antiguas disenciones de los principales gefes, siendo la primera que se advirtió la del general Santa Anna con el general D. Gabriel Valencia. Este debia ser el que resistiera el primer choque de las fuerzas americanas, y su nombre habia de pasar á la posteridad escrito en la misma página de la batalla de Padierna, la primera que tuvo lugar en el Valle de México.

Como uno de los acontecimientos históricos mas notables para México es el desenlace de esta guerra, hemos preferido sustituir nuestra relación en las últimas batallas, con la de los testigos presenciales de ellas.

«El dia 18 mandó el general Santa Anna al Señor

Valencia, que en la madrugada del 19 marcharía con sus fuerzas á Coyoacan, adelantando la artillería á Churubusco. Esta disposición provenía del concepto en que estaba, de que el día 19 debía atacar el enemigo la fortificación de San Antonio.

«El 19, al romperse las dianas alegres, en medio de los vivas entusiastas, y del resonar sonoro de los clarines, se puso en marcha con la pompa del triunfo el grueso del ejército. ¡Momento solemne! ¡Era hermoso ver flotar al viento las banderas santificadas para el plomo enemigo en las batallas! ¡Era tierno recordar con el solo nombre de cada cuerpo sus sufrimientos del desierto, su ardor en la lucha! Se escuchaban las bandas, á que mezclaban sus relinchos los caballos; ardía la mecha en los cañones; relumbraban las armas á los primeros rayos del sol naciente; y una población de amigos y de hermanos, con sus ojos llenos de lágrimas de interés, se agrupaba á bendecir á los rudos veteranos que llevaban consigo sus esperanzas.

«El general Valencia, recorría las filas con una actividad prodigiosa; atendía á todo, animando á los soldados; y con su porte marcial se captaba las simpatías.

«Entre doce y una del día, el coronel Barreiro se presentó al general Valencia, diciendo que los americanos subían el cerro de Zacatepec. Efectivamente, los enemigos, saliendo de la Peña Pobre, se dividieron en dos columnas principales: una subió el cerro de Zacatepec, y describiendo su marcha una curva, descendió á la falda del mismo, reuniéndose á la otra parte; y avanzando de frente amenazaron á las fuerzas nombradas del rancho de Padierna, situando sus piezas ligeras á la falda del N. del cerro. Entonces anunció el clarín: «enemigos á la derecha,» y se disparó el primer cañonazo sobre la sección de Zacatepec.

«Inmediatamente mandó el general Valencia traer de Ansaldo la reserva, y la colocó cerca de las baterías, dejando desguarnecido aquel punto. Avanzó también la caballería del mando del general Torrejon, hasta colocarse entre la loma y Ansaldo. Este movimiento se ejecutó con un orden y con un concierto, que todos admiraron.

«Entre tanto, hubo algunos tiros de cañon en S. Antonio y Coapa; se creyó que el enemigo atacaría por distintas partes; pero el general Valencia, consecuente con su primer plan, tenía atalajadas las mulas, y todo listo para acudir al socorro de S. Antonio en caso necesario.

«Entre dos y tres de la tarde se empeñó el combate. En todas las alturas de las inmediaciones había multitud de espectadores. Era un cuadro imponente y sublime el que se ofrecía á las miradas de todos.

«La avanzada que mandaba el capitán Solís, hacia esfuerzos extraordinarios de valor; la artillería nuestra protegía su defensa, y las fuerzas de Padierna fulminaban sus tiros, al mando del general D. Nicolás Mendoza, cuya presencia no les faltó un instante en los puntos de mayor riesgo. Entonces hacen los enemigos un empuje vigoroso; se escucha el alarido de sus urras salvajes, y toman el punto de Padierna. En estos momentos salió herido el general Parrodi, que estaba inmediato á nuestras baterías. La retirada de Mendoza fué tranquila. Antes de tomar Padierna, los americanos se dividieron en dos fracciones: una que atacó aquel punto, y la otra que se emboscó por el Pedregal, amagando nuestro flanco izquierdo. El fuego de artillería no cesaba: los enemigos también generalizaron el suyo, jugando sus piezas de campaña con celeridad, y sus cohetes á la *congreve* con repetición. La voz del general Valencia se escuchaba en todas partes, animando á los cuerpos que se batían á pecho descubierto. Todos cumplían exactamente con sus deberes.....

«Los americanos, que se habían ocultado desde el principio de la acción en el Pedregal, aparecieron por frente á Ansaldo, que por una falta imperdonable estaba como tenemos dicho, abandonado, avanzando en dirección á S. Gerónimo. El general Valencia manda al regimiento de caballería de Guanajuato por el camino á que los contenía. Esta fuerza era insignificante en su número, é ineficaz por la arma á que pertenecía. Hay un corto tiroteo: queda cortado parte del regimiento: los enemigos se atraviesan uno á otro, y se emboscan en la arboleda que rodea á S. Gerónimo, frente de la cual hay un plano de poca extensión, rodeado de lomas escabrosas: organizándose en el bosque, intentan una salida sobre el punto que ocupaba Valencia. Los avisos que desde el principio de la acción se habían mandado á los generales Pérez y Santa Anna, se repiten ahora en vista del peligro inminente que nos amenaza. Ordenase á Torrejon, al ver la tentativa del enemigo, que cargue con toda la caballería: ejecuta la orden decidido el general Frontera con el número 2; resuena el tropel de los caballos, y se percibe el ruido de los sables..... En estos instantes aparece sobre las lomas del Toro, que dominan el camino, la brigada del general Pérez, y en medio de sus músicas y vivas, se despliega en guerrillas y en columna, y se prepara á atacar al enemigo de S. Gerónimo. Compraba entonces Frontera con su sangre el lauro de los héroes: daba libertad á su alma generosa el plomo del invasor, y dejaba con su cadáver sangriento un recuerdo, para sus amigos de ternura, para la patria de gloria.

«El camino recto estaba cortado por los americanos, que pasaban con dificultad del Mal-Pais á S. Gerónimo; pero las fuerzas que tenían allí eran aun muy reducidas, y cualquier esfuerzo hubiera bastado para restablecer la comunicacion entre los dos ejércitos mexicanos.

«Pocos minutos ántes nuestra situacion era desesperada: estábamos cortados; cualquiera hubiera predicho la derrota; pero la situacion cambia ahora enteramente: ahora los americanos son los cortados; ahora todo es favorable; y efímera, alumbra la luz de la victoria por un momento, nuestras armas desventuradas.

«Se toca retirada á las tropas del general Pérez por tres veces; y el general Santa Anna permanece inmóvil con aquella division, cuya presencia habia hecho vacilar al enemigo, y temer al general Scott por el éxito de la batalla; pero el mismo hecho de no pasar por el camino, cuando aun era muy posible, hizo creer á la generalidad que Santa Anna queria encerrar entre su division y la nuestra las fuerzas enemigas, y verificar de aquel modo su derrota.

«No obstante, la ocasion oportuna se habia perdido. Luego se supo que cuando despues de atacar el general Frontera, llegaron las fuerzas de Santa Anna, Scott hizo un movimiento de desesperacion, como quien de repente se encuentra con un gran peligro. ¿Cómo se responderá de esta inconcebible negligencia?

«Durante todo este tiempo de inmovilidad inexplicable de las fuerzas de Santa Anna, el fuego se empeñaba en varias direcciones: los cuerpos todos competian en arrojarse: el general Valencia redoblaba mas y mas sus esfuerzos. En lo mas empeñado de aquella acción, el general Valencia dió muestra de un valor, que nadie, sin villanía, se atreverá á negarlo.

«Al punto de disponer el general Valencia la carga de caballería de que hemos hablado, mandó que se situara una batería á la retaguardia del campo. Luego que murió el general Frontera, frustrada su operacion, quedó formada en batalla á la derecha del bosque, marchando á reforzarla el batallon de Aguascalientes, cuando se ob-

servó que los americanos de S. Gerónimo hacían una nueva tentativa sobre el campo.

«Al oscurecer, repentinamente entre mil vivas, hacen un esfuerzo nuestros soldados para recobrar á Padierna. Allí trepa el comandante de batallón Zimavilla, al frente de su cuerpo, blandiendo su espada, alentando á sus soldados. Nuestras baterías los protegen con sus fuegos; Cabrera con el resto de su brigada, le sigue valientemente: se confunden los nuestros con los enemigos: una bala de cañón derriba la parte superior de una de las paredes de Padierna, y al disiparse el polvo, coronan nuestros hermanos vencedores aquel punto, con tan tenaz arroyo disputado, gritando y repitiéndose el clamor de ¡Viva la República!

«Después de las oraciones de la noche, y entre la lluvia, se oyeron algunos cañonazos en las lomas del Olivar de los Carmelitas, donde estaba á esa hora Santa Anna. Esto, que parecía su auxilio era su despedida.

«Efectivamente, después de aquellos tiros, descendió el general Santa Anna del Olivar y sus acompañantes en coro se jactaban de que con su presencia había libertado al insubordinado Valencia de la derrota. Las tropas que fueron con el general Santa Anna se retiraron después por su orden, dejando circunvalado á Valencia por todas partes, y yéndose á alojar á San Angel.

«A poco de haber llegado á dicho punto el general Santa Anna, algunas personas, entre ellas el Señor Diputado D. J. M. del Rio, le explicaron la verdadera posición del general Valencia, y entonces envió con sus órdenes á su ayudante D. J. Ramiro, á quien acompañó el Señor del Rio por veredas seguras, como práctico en el conocimiento del terreno.

«Muy distinto era el aspecto del general Valencia á la caída de la noche: persuadido de la permanencia en sus

puntos de las tropas de Santa Anna, viendo que conservaba sus posiciones, reconociendo corta su pérdida, y contentos y con denuedo sus soldados, soñó en el triunfo: se entregó á vanas demostraciones de gozo, y extraviado por él, dió él mismo su parte que después por la derrota, quedó convertido en ridículo, y en que el despilfarro de empleos y condecoraciones produciría hoy cargos contra su persona, aun dado caso que hubiera triunfado.

«El campo quedó tan á cubierto como era posible; sirviendo de grandes guardias los cuerpos colocados en los puntos avanzados, y eran: en Padierna, la brigada de Cabrera; en frente de San Gerónimo, Aguascalientes; en el puente, la brigada de Torrejon; y por la *Fabriquita* la del general Romero.

«Los soldados no habían comido: después de la fatiga del combate no tenían ni un pedazo de pan, ni un leño para calentarse, ni un lugar en que reclinarse. Estaban traspasados por la lluvia, y sin embargo, no había una queja, ni una murmuración, ni un solo signo de descontento. El general Valencia se guareció en una barranca que había en el lugar de las baterías. A las nueve llegaron á ella Ramiro y del Rio, diciendo que iban de parte del general Santa Anna. Comenzaban á dar su orden, cuando interrumpió Valencia, preguntando dónde se hallaba aquel general. Se lo dijeron; se cercioró entonces de la retirada de sus tropas; y ya frente de su horrible posición, en tono colérico, brotando fuego sus ojos, descompuesto, abandonando la circunspección y lo que así mismo se debía, pre-rumpió en imprecaciones contra el general Santa Anna, en voz alta, en medio de todos, que participaron de su enojo..... El general Santa Anna le decía que quería se pusiesen de acuerdo: el general Valencia, sin oír nada, sin atender á nada, frenético, continuaba sus quejas, hasta que dió por respuesta que le mandara la tropa y la parte

lería que tenía, y que no quería más. El Sr. Ramiro, en la declaración que dió sobre la conferencia que tuvo con el general Valencia, asegura que le llevó ya la orden de retirarse; pero tal acerto está en contradicción con el informe del general Salas, que asistió á aquella entrevista, y ha dicho que esa orden la llevó el ayudante de Valencia D. Luis Arrieta, á las 2 de la mañana.

«La impresión que produjo la noticia de la retirada de las tropas auxiliares, fué horrorosa: entonces se tradujo como abandono criminal la inmovilidad de Santa Anna en la tarde, y cundiendo rápido el descontento, el ménos conocedor habria predicho la derrota del siguiente día. Efectivamente, esa noticia, relajando en lo absoluto la moral de la tropa, consumó aquella desgracia.

«Con todo, el general Valencia esperaba en la noche algún refuerzo, porque el mal temporal no era disculpa, puesto que nuestros soldados lo sufrían también, y los americanos no tenían más techo que el mismo cielo.

«A las dos de la mañana, un ayudante del Sr. Valencia, como acabamos de indicar arriba, fué á decirle, de parte de Santa Anna, que se retirase, clavando las piezas, inutilizando el parque, salvando solo lo que fuese posible. La retirada se consideró como una cobardía: las posiciones de los americanos la hacían muy difícil, y el vilipendio de ella sobrecogió á todos generalmente. Rehusó á obedecer Valencia, ya bajo la influencia de la desesperación.

«Este nuevo mensaje hizo apurar más hiel á los que tanto estaban sufriendo. Padecían la vigilia á la intemperie, y en la tremenda espera, espera de agonía, de una derrota afrentosa y segura.

«A las cuatro, el general montó á caballo, reunió á algunos gefes, les preguntó su juicio, y la mayoría se some-

tió á su resolución. Ella fué que todos se colocaran en sus puntos.

«Al alumbrar la primera luz del día 20, todos volvieron con ansia sus ojos al rumbo de San Angel; y cuando se convencieron de que no había auxilio alguno, varios soldados abandonaron el campo desde entonces, y todos se abatieron profundamente..... ¡La derrota estaba casi consumada!

«Al amanecer, las fuerzas enemigas avanzaron en tres columnas: una se dirigió á una altura que está á la retaguardia de una loma de Pelon Cuautitlan, sobre nuestro flanco derecho; otra atacó por S. Gerónimo: la otra permaneció entre el Mal-Pais, frente del camino recto, y se echó sobre el rancho de Padierna. La primera columna, arrojándose sobre nuestra posición con la mayor celeridad, arrolló la pequeña, que se le opuso á las órdenes del general Gonzalez de Mendoza, y desbordó nuestro campo. El general Valencia quiso contener aquel impulso con nuevas fuerzas; pero envueltas por todas partes, reducidas en instantes á un círculo pequeño, agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mujeres, los trenes y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heroicos que sería una ingratitud callar. El teniente coronel Zires se revolvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y Garcia trataban en vano de sostenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos, verificó su honrosa retirada de Padierna á Ansaldo el escaso resto de la brigada de Cabrera.

«El general Valencia condujo alguna fuerza de infantería sobre el enemigo; pero el círculo de fuego de los americanos ceñía como una serpiente nuestras fuerzas, y las ahogaba ya desordenadas, perdidas!

«Dos caminos quedaban: uno por las inaccesibles lo-

mas de S. Gerónimo; el otro por el de Ansaldo, ambos cortados por los americanos. Los que tomaron el primero, rodaban como un torrente de las alturas, revueltas en tropel, soldados, mulas, caballos sin ginete, heridos que poblaban con sus gritos el aire, y mujeres que dando alaridos, discurrían por todas partes como furias. Toda esta masa informe era atropellada por los enemigos, y á ella asestaban sus tiros los bárbaros vencedores.

Al retirarse también en tropel confuso los que tomaron el camino de Ansaldo, se encontraron con la columna de los americanos que había avanzado, y rompiendo sus fuegos, asesinaba á los nuestros. Allí algunos de los gefes hicieron tentativas valerosas para rehacerse. Salieron en este lugar heridos varios recomendables militares.

Antes de llegar al puente que corta el camino de S. Angel, anterior á Ansaldo, el general Valencia supo que Santa Anna no había salido de S. Angel sino hasta las seis y media, tomando el rumbo del Olivar, donde se cercióró de la derrota. Entonces, torciendo á la izquierda del puente, tomó por las lomas, con direccion, segun dijo, á S. Angel, pero lo disuadieron sus amigos, diciéndole que el general Santa Anna estaba furioso, y en uno de sus ímpetus había dado orden para que lo fusilasen. Al saber esta noticia, tomó otro rumbo el general Valencia.

En el puente merece una especial y honorífica mencion el señor general Salas, que en medio del fuego, entre tanto desorden, espada en mano, se colocó á la cabeza de la caballería de Torrejon, detuvo un tanto la dispersion, é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero cerca del mismo puente.

Tal fué la memorable derrota de Padierna. Cuando se consumió, sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia,

y se vió próxima y casi inevitable la pérdida de nuestra hermosa capital.

Poco tiempo despues de los primeros cañonazos que se oyeron por Padierna, la vanguardia de la division del general Santa Anna salió de San Angel para tomar la misma posicion que ocupó la tarde del 19 sobre las lomas del Toro. Seiscientas varas se habrian andado: los soldados marchaban atraídos por el iman del combate: trabado por sus camaradas. A las detonaciones de la artillería sucedió un vivísimo fuego de fusilería, que cesó repentinamente, percibiéndose despues algunos tiros parciales. ¡Eran la agonía del ejército del Norte! Se marchaba á paso de carga; repentinamente sorprendió á las tropas la llegada en fuga de unos trozos de caballería de la division del general Valencia, seguidos de algunos infantes, á quienes acosaban las columnas enemigas: no quedó duda sobre el desastre de Padierna.

Inmediatamente dispuso el general Santa Anna hacer con esta fuerza, y las que se encontraban en toda la primera línea, un movimiento de concentracion sobre nuestra segunda de defensa, situada en las garitas de México.

Dos ayudantes partieron á escape para San Antonio y Mexicalcingo, llevando órdenes á los generales Bravo y Gaona de retirarse á la garita de la Candelaria, salvando todo el material de guerra y la providuria existente en el segundo punto. Se ordenó también al general Lombardini que contramarchara con la brigada del general Rangel (denominada de reserva) para la Ciudadela, en número de dos mil infantes, llevando consigo algunos carros de parque, y lo efectuó para el puente de Panzacola, á entrar por la garita del Niño Perdido. La brigada ligera, á las órdenes del general Pérez, se retiró por Coyacacan al puente de Churubusco, para seguir despues á la Candelaria, en número de dos mil y quinientos infantes.